



## CAPITULO XIII

(1822)

Planes de Itúrbide para coronarse emperador.—Empeñados debates para desarmar á las tropas españolas capituladas.— Decretada la salida de éstas para embarcarse en Veracruz.—Marcha de la primera división hacia aquel destino con el general Liñán.—Reacción intentada por la segunda al mando del coronel Buceli y otros jefes.— Su *rendición, desarme* y embarco.—Proclamación de Itúrbide.—Primeros movimientos de los republicanos contra el quimérico emperador.—Triunfo de éstos.—Abdicación de Itúrbide y su expatriación.—Proyecto de sus partidarios para reponerlo en el trono.—Sublevación de la provincia de Guadalajara.—Malogro de las primeras tropas enviadas por los centralistas para sujetarla.—Su triunfo en la segunda expedición.—Llegada de Itúrbide á Liorna.—Su salida para Londres.—Su expedición para México, y su muerte.—Momentánea consolidación de la república.—Rendición del castillo de San Juan de Ulua.—Horribles disensiones.—Alborotos del mes de Diciembre de 1828.—Expedición del brigadier Barradas en 1829. Reflexiones políticas

El ambicioso Itúrbide, que según algunos había ya empezado á fisonjearse con la idea de ceñir la corona imperial desde Etzcapuzalco, y según otros desde Puebla, en donde los inciensos y adoraciones de aquellos habitantes le habían endiosado, necesitaba de algún golpe de intriga que hiciera ver al pueblo mexicano la necesidad de tener vinculada en su mano la autoridad suprema para la seguridad del Estado. Discurrió, pues, que el expediente más

plausible, y que había de ganarle más partidarios de sus desafortunados proyectos, había de ser la insurrección de las tropas europeas situadas en los puntos de que se ha hecho mención en el capítulo del año anterior; pero como aun en medio de la desgracia obedecían aquéllas á unos jefes prudentes y juiciosos que tenían el mayor empeño en mantenerlas bajo el más riguroso orden de disciplina, no había el menor asomo de que se las pudiera sublevar, á menos que no se las hiciera la tropelía de privarlas de aquellas armas que habían sabido conservar con honor al favor de sus solemnes capitulaciones.

Este fué, pues, el ardid al que recurrió Itúrbide para introducir en aquel campo los elementos del sobresalto, del alarma y de la subversión. Se dirigió sin rodeos al general Liñán con fecha de 10 de Enero, dándole parte de las disposiciones que tenía dadas para que salieran de México sus tropas imperiales á desarmar las europeas con orden de pasarlas á cuchillo si hacían la menor resistencia, alegando que no de otro modo podía cortarse la supuesta conspiración, de cuyos progresos daba á entender estaba positivamente informado.

Indignado Liñán por este rasgo de malignidad y perfidia, y bien persuadido de que las intenciones de Itúrbide no eran otras sino las de subir al trono imperial por encima de las palpitantes entrañas y humeantes cadáveres de unos soldados que formaban todo el objeto de su cuidado y predilección, pasó á avistarse con el citado Itúrbide, y logró con su entereza y persuasión revocar aquel decreto horrible de proscripción y deshonor; mas no bien había llegado á Toluca, cuando recibió segunda intimación insistiendo Itúrbide en la necesidad de desarmar dichas tropas de grado ó por fuerza; y para darle una prueba de que no eran ilusorias sus amenazas, hizo caminar para Lerma, dos leguas de Toluca, una de sus divisiones con el objeto de dar ejecución á tamaña violencia.

La exaltación de los realistas subió al último grado con la noticia de tan bárbaro ultraje; varias fueron las opinio-

nes de los jefes y oficiales para evitar tan furioso golpe. El coronel D. Manuel Martínez, comandante del cantón de Toluca, reunió junta de oficiales, en la que manifestó Buceli la necesidad y conveniencia de emprender la marcha en aquella misera noche para Veracruz; y aunque su dictamen fué aplaudido por algunos, los más se opusieron á él manifestando razonadamente la imposibilidad de recorrer 100 leguas de camino sin ninguna clase de auxilios, llevando en su persecución un enemigo tan osado y tan superior en número y en recursos de toda especie. Después de una acalorada discusión prevaleció el dictamen de que pasara el coronel Rafols á verse en Lerma con los jefes mexicanos, y á asegurarles de su resolución de perecer todos con las armas en la mano antes que sufrir la humillación de rendirlas.

Viendo el general Liñán que se aproximaban el día 12 los trigarantes sobre Toluca, convocó otra junta de jefes para tratar de la defensa; todos estuvieron acordes al principio en que se llevase á efecto tan honrosa disposición; pero al volver Liñán á dicha junta después de una corta ausencia, necesaria para dar órdenes á los comandantes de los cuerpos que estaban alrededor de México, notó ya alguna frialdad de parte de los mismos que habían emitido con más ardor su opinión de no sufrir la mengua de que estaban amenazados. La aflicción y el desconsuelo rebosaron todas las medidas de su grande alma al recibir una representación verbal del cuerpo de sargentos del regimiento de Ordenes, en la que manifestaba la abierta oposición de la tropa á corresponder á las duras pruebas que iban á exigirse de su constancia y decisión.

Viéndose dicho Liñán en tan apuradas circunstancias, no le quedó más recurso que el de salir precipitadamente para México, adonde llegó en aquella noche; y encerrándose con Itúrbide en su mismo despacho, supo pintarle con tanta energía la desesperada resolución de sus tropas á no pasar de modo alguno por la decretada afrenta; le

hizo ver con tanta viveza los horribles efectos de aquella orden injusta; le presentó el cuadro de la desolación que ofrecerían bien pronto aquellos campos empapados en sangre de tan esforzados campeones, cuyos manes clamarían contra un atentado tan inhumano; le sobrecogió de tal modo con la exaltación de su celo llevado hasta el punto de hacer aquella cuestión personal; y fueron finalmente tan fuertes los impulsos de la elocuencia dictada por la santidad de la causa que defendía, que se revocó sinceramente aquel fatal decreto, y se restableció la calma y la confianza en el campo realista.

Itúrbide, sin embargo, no perdía de vista el objeto predilecto de sus complacencias, que era su elevación al trono imperial. Insistía en la necesidad de diseminar dichos cuerpos europeos, manifestando temores de movimientos subversivos si se mantenían reunidos: todos conocían que éstos eran estudiados pretextos para realizar por último lo que desde tanto tiempo tenía proyectado; y para evitar la reproducción de tan tristes escenas propuso y obtuvo el general Liñán del mismo Gobierno de México, al que recurrió con este objeto, la salida para Jalapa de una de las dos divisiones destinadas para el embarco, la que emprendió su marcha en 4 de Febrero, compuesta de 186 jefes y oficiales y de 1.163 soldados.

La segunda división, compuesta de 1.400 hombres, debía emprender su marcha tan pronto como el general Liñán avisase el embarco de la primera, y situarse en el entretanto en Cuautitlan, Tezcuco, Cuernavaca, Guadalupe y Nopalucan. Habiendo llegado dicha primera división á Veracruz, escribió el general Liñán en 14 de Marzo á Itúrbide dándole parte de que en 21 del mismo mes se verificaría dicho embarco, y pidiendo los auxilios necesarios para que se dirigiesen hacia aquel punto los cuerpos que formaban la segunda.

Para dar mayor actividad á esta operación envió de comisionado á México al coronel Rafols con el encargo especial de allanar todos los obstáculos que se opusieran

á la pronta realización de aquel proyecto. Contestó Itúrbide á los pocos días ofreciendo cumplir cuanto tenía prometido apenas tuviese noticia de la salida de las primeras tropas; pero cuando ya se creía tocar el momento de que las demás evacuasen aquel territorio sin que se las hiciera género alguno de tropelía, se suscitaron nuevas intrigas, fomentadas al parecer por los disidentes, aunque se presentaron con el carácter de haber sido producidas por la imprudente conducta de los mismos realistas.

Ya desde fines del año anterior habían principiado á formar en Toluca misteriosas reuniones algunos jefes y oficiales, entre los cuales se notaron aquellos mismos que más parte habían tenido en la violenta deposición del virrey Apodaca. Se repitieron dichas juntas en el mes de Marzo en una celda del convento de San Francisco de Tezcuco, y se celebraron otras asimismo en un caserío situado á la mitad del camino de Nopalucan. Habiéndose esparcido á fines de este mes, con malicia ó por impolítico celo, noticias alarmantes de que Itúrbide había decretado de nuevo el desarme de dichas tropas, se resolvió que el teniente coronel D. José de la Peña, que mandaba el regimiento de Ordenes, saliera para México, como lo verificó en el día 2 de Abril, á fin de parar tan terrible golpe con su mediación é influjo.

Puesto á la cabeza de aquel cuerpo su segundo jefe D. Francisco Buceli, temeroso tal vez de que Peña no pudiera salvarlos de la mengua y afrenta á que habían sido condenados, y esperando que la fortuna no miraría con desagrado á los que iban á hacer un voluntario sacrificio arrojándose ciegamente en sus brazos, determinó salir para Cuernavaca con la idea de proclamar el gobierno del Rey de acuerdo con el regimiento de Castilla, al que pensaba encontrar en el camino, y en combinación con el de Zamora, que debería seguir la misma dirección.

Formado al medio día el citado regimiento de Ordenes con la fuerza de 560 plazas, emprendió la marcha entre

una y dos de la tarde, y después de algunos descansos llegó á la mañana siguiente al pueblo de Juchi, en donde se alojó tranquilamente y sin el menor recelo. Serían las dos de la tarde cuando se tuvo la primera noticia de la proximidad de los enemigos; y aunque se tocó generala al momento, y desplegó Buceli la posible energía y firmeza para sostener el precipitado empeño que había contraído, no pudo evitar el desorden que se introdujo en sus tropas, del que se aprovecharon los jefes imperiales, y entre ellos el mismo Bustamante, que mandaba aquella fuerza, para adelantarse á arengar á los soldados españoles excitándoles á desistir de su temeraria empresa, en la que iban á ser víctimas de la imprudente conducta de sus oficiales.

Se convirtió en estupor é irritación la antigua bizarria de dichos soldados, quienes arrepentidos de haber tomado parte en tan insensata insurrección, prorrumpieron en amargas quejas contra los que tan torpemente los habían comprometido. Rendidos á discreción y desarmados en el acto, fueron encerrados en la parroquia del citado pueblo de Juchi, y conducidos el día 4 á Chalco, en donde permanecieron hasta la mañana del 6, en que se les trasladó á la capital en medio de un inmenso gentío que los esperaba para llenarlos de baldones é improperios, desfogando sobre aquellos desgraciados la ira de que estaba entonces poseído su ánimo contra el nombre español.

Habiendo ocurrido la violenta proclamación imperial de Itúrbide en 18 de Mayo, disfrutaron de la libertad que fué concedida á todos los prisioneros con tan ruidoso motivo, y pasaron á embarcarse en Veracruz para la Habana, como lo verificaron en 20 de Julio. Las cuatro compañías de Zaragoza, que al mando del teniente coronel D. Juan Antonio Galindo habían salido de su acantonamiento de Nopalucan con el mismo designio de Buceli, fueron atacadas al día siguiente por los habitantes de Zacapocutla, rendidas al quinto día de su movimiento

por la milicia urbana, y desarmadas en la hacienda de la Concepción, habiendo seguido sucesivamente la misma suerte que el regimiento de Ordenes. El de Castilla, aunque iniciado en los planes de sublevación, no llegó á moverse de su cantón y, por lo tanto, no sufrió más pena que la del desarme. El de Zamora, que nunca suscribió formalmente á separarse de los empeños contraídos con los enemigos, conservó sus armas y pasó á embarcarse con ellas en los primeros días de Junio.

Este fué el fin desgraciado de las últimas tropas peninsulares que pisaron el territorio mexicano. Por más pureza que se quiera dar al carácter de la tentativa para sublevar este puñado de valientes contra el gobierno de Itúrbide, estamos muy lejos de aprobar una resolución tan desesperada, que había de envolver necesariamente la ruina de aquellos restos de la fidelidad española y la mengua y desdoro de las reales banderas. Es tan culpable imprudencia atacar de frente á un gobierno, aunque intruso, en los primeros momentos de la efervescencia popular, como sería laudable todo esfuerzo que se hiciera con tan noble objeto, siempre que pudiera contarse con medios de probabilidad para el buen resultado.

No era éste el caso en que se hallaban los jefes y oficiales autores de los referidos movimientos. Carecían de artillería, de municiones, de fondos y de opinión: es verdad que abundaban en valor; mas éste debe estar sujeto á ciertas reglas para que no degeneren en reprehensible temeridad. Algunos han querido imitar la arrojada empresa de Carlos XII de Suecia en Bender; pero se han expuesto asimismo á que se les califique de locos frenéticos como á aquel ilustre guerrero.

Sea como quiera, las consecuencias de este proyecto fueron muy fatales á la seguridad y al honor de aquellas tropas, al paso que allanaron á Itúrbide el camino á su apetecido trono. Desde el momento en que cesó el dominio español tomaron su asiento todas las furias del averno en este desgraciado país. No es nuestro ánimo

describir la historia de los independientes sino en cuanto ha tenido relación con nuestro gobierno ó con las operaciones de nuestros ejércitos; ha dado fin, por lo tanto, nuestro encargo por lo que respecta al reino de Nueva España; tan sólo añadiremos una ligera reseña de las fases de sus guerras civiles para confusión de los que creían que, emancipándose de la generosa y benéfica Madre patria, iban á vincular en su país todas las felicidades que el Criador ha dispensado á los mortales.

En el día 18 de Mayo fué proclamado Itúrbide emperador de México por los sargentos del regimiento número 1.º, por el regimiento de Celaya y por algunos léperos ó chusma del barrio del Salto del Agua, dirigidos por un puñado de ambiciosos que deseaban medrar á la sombra de aquel genio revolucionario. No dejaron de tener parte en tan atrevido proyecto algunos eclesiásticos regulares y seculares, quienes debiendo optar entre la república ó el imperio, se decidieron por éste con la esperanza de poder un día desbaratar con facilidad el ídolo, al que forzosamente quemaban un profano incienso. Con igual desorden y violencia fué aprobada por el ya instalado Congreso nacional la citada proclamación, cuyo eco resonó por las provincias, al parecer con agrado y satisfacción en lo general de la población; pero un Gobierno que no tiene bases firmes y permanentes será siempre el juguete de los hombres.

A los pocos días principió ya dicho Congreso á maquinarse contra el soñado Monarca; y si bien supo éste cortar los vuelos oportunamente á los primeros movimientos, formando causa á los diputados delincuentes y suprimiendo aquella asamblea, que tomó nueva forma bajo la dirección de una parte de los vocales que habían mostrado su adhesión al imperio, quedó, sin embargo, estremecida aquella naciente fábrica, levantada precipitadamente por la vanidad, por el desvarío y por la ambición.

Había tratado Itúrbide de asegurarse en su trono comprometiendo en su causa á las tropas y á las primeras fa-

milias: á aquéllas con grados, distinciones y con fingidas frases de amistad, consideración y confianza; y á éstas con brillantes empleos, pomposas decoraciones y lujosas placas de la orden de nuestra Señora de Guadalupe, que había creado con aquel designio. Mas todos sus ardides y grandes miras de política y de bien general no la libertaron de ser el blanco de los tiros de los republicanos, quienes triunfaron, reuniéndose en Veracruz el general imperial Echávarri con el caudillo Santa Ana, que había sido el primero en dar el grito contra el emperador.

Aunque estos movimientos revolucionarios no tendían abiertamente á la abolición del imperio, y sí al restablecimiento de la representación nacional, fácil era prever que la ejecución de aquel intento no estaba separada de éste sino el tiempo necesario para declararlo con seguridad. Bien lo conoció Itúrbide; y creyendo que una espontánea abdicación calmaría los ánimos al paso que le granjearía mayor opinión, la llevó á efecto conteniendo el impulso de sus más ardientes secuaces, que querían á todo trance sostener la autoridad imperial, seguros del triunfo contra los republicanos.

Resignado el mando supremo en los individuos del mismo Congreso, que había sido el objeto del odio y persecución de Itúrbide, se embarcó éste para Liorna en Italia, á cuyo puerto arribó en Agosto de 1823. Desde la llegada de este bullicioso personaje á Europa, se traslució en él una extremada agitación de ánimo, un vivo resentimiento que, por más que tratase de disimularlo, no dejaba de asomarse á su semblante si entrando á discutir aquellos sucesos, llegaba á rozarse diestramente la conversación con su mal enubierta herida; y se notaba finalmente un engrimiento de su mérito y una fatal persuasión de que no podían los mexicanos ser felices sin su apoyo, y de que no había de transcurrir mucho tiempo sin que fuese solicitada su presencia para fijar la suerte y tranquilidad de aquellos pueblos, en cuyo caso creía asegurar su dominación con bases indestructibles.

Sus partidarios en el entretanto movían todos los resortes de la intriga para abrirle las puertas de aquel reino. Se tramaron varias conspiraciones que llevaban por objeto su reposición en el trono; mas todas se estrellaron en la vigilancia de los republicanos. Conociendo los iturbidistas que era más difícil su empresa de lo que se habían figurado al principio, tiraron oblicuamente sus líneas, pero con tanta destreza, que á los pocos meses se hallaban en estado de dictar la ley á sus antagonistas. Como se había sustituido al gobierno imperial el republicano central, ejerciendo el poder ejecutivo por turno tres individuos sacados del mismo seno del Congreso, principiaron las provincias á murmurar de aquella forma y á pedir la federal.

La de Guadalajara, titulada Estado de Jalisco, se hallaba dirigida por Quintanar, como gobernador de dicho Estado, y por Bustamante, comandante de la provincia, ambos acérrimos iturbidistas. Los de este partido se fueron reuniendo á la sombra de dichos dos jefes, quienes bajo el pretexto de sostener la opinión general que suponían haberse pronunciado á favor del republicanismo federal, se consituyeron en estado de guerra abierta contra el gobierno de la capital, ó, lo que es lo mismo, contra los enemigos de su ídolo.

Penetrando éstos las solapadas miras de los iturbidistas, dirigieron sus tropas á fines de año, á las órdenes de Bravo y bajo la dirección inmediata del desleal europeo Negrete, contra dicha provincia de Guadalajara; pero apenas llegaron á avistarse, cuando se pasaron todas á las filas de Bustamante, quedando solos en el campo los jefes republicanos, los que se vieron precisados á huir precipitadamente para dicha capital llenos de deshonor y corridos de vergüenza.

Este terrible é inesperado contraste alarmó de tal modo á los centralistas, que se resolvieron á hacer una nueva expedición concertada con todos los medios de seducción é intriga necesarios para asegurar la felicidad del resul-

tado. Como á este tiempo hubieran recibido las primeras remesas metálicas del empréstito que había ajustado en Londres el agente Migoni, determinaron dedicarlas exclusivamente á corromper la fidelidad de las tropas de dicho Bustamante y la de los principales baluartes de aquel peligroso partido. Precedidos, pues, por este poderoso auxiliar, á cuyo encantador aliciente se rindió la voluntad del comandante de artillería, y de una porción considerable de jefes, oficiales y soldados, se presentaron los centralistas al frente de los federalistas.

Quintanar y Bustamante, con el apoyo de otros comandantes que habían sido insensibles á la penetrante voz del cohecho, trataron de desplegar toda la energía de que era susceptible su firme carácter; pero los atrevidos impulsos fueron paralizados por la frialdad con que la tropa contaminada oyó las animadas arengas de aquellos campeones. Recurrieron éstos entonces á los halagos, á las promesas y á las amenazas; mas todo fué en vano; y viendo la imposibilidad de poner en actividad su enervado valor, hubieron de capitular con dichos centralistas, quienes entraron triunfantes en el mes de Junio de 1824 en la referida capital de Guadalajara, restableciendo en ella en todo su vigor el gobierno absoluto republicano, y destruyendo hasta el último elemento con que se contaba para entronizar al decaído emperador.

Cansado éste de la vida oscura á que había quedado reducido en la ya mencionada ciudad de Liorna, y aun amenazado por el Gobierno toscano, que no veía con gusto en sus estados la permanencia de un revolucionario odiado por la España y perseguido por sus mismos paisanos, se dirigió á Londres, esperando que le sería más fácil fomentar desde allí su partido, y tal vez hallar los medios necesarios para hacer una expedición á imitación de la del joven Mina en 1817, ó más bien entablar negociaciones con el Gobierno español para coronar emperador de Méjico á uno de nuestros augustos infantes, en conformidad con su primitivo plan de Iguala y tratados de

Córdoba, por los que se manifestaba sinceramente decidido (1).

Es de inferir que ninguno de sus proyectos fuera secundado como se había prometido, cuando se observó que pasaba á fijar su residencia en Bath, ciudad distante 33 leguas de Londres, con toda la apariencia de soli-

---

(1) Puedo asegurar que si á nuestro amado Soberano hubiera podido convenir este último proyecto, se habría llevado á efecto con perfecta seguridad y con muy pocos sacrificios. A este fin se encaminaban las relaciones que contraí en aquella época con el citado Itúrbide, esperando que este servicio pudiera ser grato á Su Majestad. Hay ciertos momentos de efervescencia en que oponer fuerzas al enemigo es aumentar las que ya tiene; guiado por este axioma político, creí que aquél era el único medio decoroso de rescatar á Nueva España de su exterminio y de salvar los intereses de la Monarquía española. Los seis años que han transcurrido han abierto un campo más vasto á las esperanzas de reponer en aquel país la autoridad Real en todo su esplendor, y han acreditado la sagaz previsión del Gobierno en haber desechado unas ideas que llevaban á lo menos el sello de la buena fe y lealtad del oficioso negociador.

Algunos enemigos encubiertos, que lo son más bien de la presente obra que de mí persona, pues que tengo la orgullosa confianza de que nadie pueda presentarse á decir con verdad que haya recibido de mí el menor daño, á pesar de las pasadas épocas de calamidad, desorden y encono personal; no atreviéndose á atacar de frente esta importante empresa, que debe excitar y ha excitado la más furiosa irritación en los enemigos del Rey Nuestro Señor y de la España, se han valido de engañosas apariencias para deprimirla. Es siempre una vilze herir con esta clase de armas.

Conozco á algunas de las personas á las que comprende esta nota: sé lo que han valido y lo que valen; y desearía que diesen sus nombres para poder yo publicar sus ocultas proezas. Sepan en el entretanto que no sólo he tenido relaciones íntimas con Itúrbide, sino también con Riva Agüero, con el que fué su ministro de la Guerra, con el que lo fué de Estado de San Martín, y con otros varios jefes de la insurrección de América, á quienes he tratado en Londres y en París; pero sepan asimismo que el noble embajador, bajo cuya dirección seguía yo estas políticas comunicaciones, tiene bien informado al Gobierno de Su Majestad de la pureza de mis fines y de lo interesante de mis servicios, y que existen además otras pruebas bien positivas para acreditar que he sido siempre un fiel vasallo de Su Majestad y un buen español.—(Nota del Autor.)

dez y duración. Mas no bien había llegado á este punto, que fué á fines de Marzo, cuando empezó á recibir la correspondencia de sus amigos de México, quienes contando por seguro su triunfo desde que vieron disuelta la primera expedición republicana que había salido contra las tropas de Guadalajara, le excitaban con el más vivo encarecimiento á volver á su apetecido Imperio.

Predispuesto como ya se hallaba este iluso sedicioso á escuchar tan lisonjeros avisos, tardó poco en resolverse á acometer aquella arrojada empresa. Sin dinero, sin armas, sin más acompañamiento que parte de su familia, un coronel polaco y dos eclesiásticos, se hizo á la vela en Southampton á bordo de un buque inglés mercante el día 11 de Mayo, entregado á la ciega fortuna, la que no siempre protege á los incautos y desprevenidos.

Así sucedió en esta ocasión; habiendo tenido Itúrbide la imprudencia de desembarcar en Soto la Marina en 11 de Julio sin ningún apresto guerrero, figurándose que con sus tiernas amonestaciones y patrióticas protestas había de amansar cual otro Orfeo aquellas fieras, tragó muy pronto el anzuelo de la perfidia revolucionaria, y depositando una ilimitada confianza en D. Felipe Lagarza, comandante militar de aquella provincia, se le hizo saber el horrible decreto de proscripción, expedido por el Congreso mexicano con fecha de 29 de Abril del mismo año, á consecuencia de un pliego que le dirigió aquel miserable desde Londres ofreciéndole su espada para defender la independencia que consideraba amenazada por la Santa Alianza.

Sus primeras conferencias con dicho Lagarza suspendieron la ejecución de la sentencia hasta que resolviese el mismo Congreso si podía tener vigor y fuerza dicha proscripción, cuando estaba demostrada la imposibilidad moral de que hubiera tenido conocimiento de ella. En el entretanto le usó Lagarza las mayores consideraciones y le hizo ver la necesidad de dirigirse á las Tamaulipas, que era la cabeza de aquel Estado, en donde se hallaba reuni-

do el Congreso provincial. Cayó Itúrbide nuevamente en la red: hallándose ya muy cerca de dicho punto, supo que se habían fugado los congresistas, y aunque debía desconfiar de algunos de ellos, reconocidos por enemigos suyos personales desde la primera insurrección, tuvo con todo la desacertada política de convocarlos, anunciándose como un ángel tutelar de aquellos dominios que venía á rescatarlos de la anarquía y de su ruina.

Apenas se reunieron dichos vocales con tan necia salvaguardia decretaron la muerte de su pretendido protector, y por más protestas, ruegos y lamentos que empleó este desgraciado para hacer revocar aquel bárbaro decreto, tuvo, sin embargo, su debido cumplimiento á las tres horas de haberle sido notificación, expiando por las manos de sus mismos paisanos el negro crimen de traición y perfidia que habia cometido contra el más generoso de los Monarcas, á quien habia debido toda su importancia y distinguido rango que ocupaba en las filas realistas.

A la muerte de este fantástico revolucionario adquirió nuevo vigor la república mexicana; se adoptó el plan de federación, en torno al cual se reunieron todos los iturbidistas y demás partidos en que estaba dividido el reino; se creó un presidente á imitación del sistema observado en los Estados Unidos; Guadalupe Victoria fué el primero que recibió aquella investidura, y Nicolás Bravo fué nombrado vicepresidente. Se propusieron grandes planes para mejorar la hacienda pública; se extendieron las relaciones diplomáticas; se levantaron nuevos empréstitos para comprometer en la conservación de aquel gobierno á las naciones europeas; se formaron compañías para la explotación de minas, y se trató de dar al país una precipitada actividad y pujanza de la que no era todavía susceptible.

Empero muy pronto principiaron á chocar varios partidos que jamás podrá extinguir la decantada república; la tropa adquirió una altanería intolerable; los hacendistas henchían sus bolsillos y las cajas estaban por lo tanto

exhaustas de fondos; una parte del producto de los préstamos quedaba en poder de los agiotistas y manipulantes, y el resto se invertía en buques, armamento, vestuario y otros objetos menos útiles, de los que no sacaba aquel vacilante gobierno sino efímeras é insignificantes ventajas.

A pesar de varios golpes de fortuna que tuvieron los revolucionarios, y el principal de todos la rendición en 1826 del castillo de San Juan de Ulua, que sostuvo con honor por algunos años la autoridad Real hasta que, agotados sus recursos y enferma casi toda la guarnición por no haberla relevado á tiempo, hubo de aceptar la honrosa capitulación que le fué propuesta; y aunque habían armado los mexicanos una escuadra respetable mandada por el acreditado marino anglo-americano Porter, sus desórdenes iban creciendo de día en día, y se repetían con frecuencia las sublevaciones parciales movidas por los amantes del Soberano español.

En medio de estas oscilaciones políticas se conservó sin embargo el gobierno de Victoria hasta el mes de Diciembre de 1828, en que, irritados los partidarios del mulato Guerrero al ver privado á este furioso insurgente de la presidencia á que aspiraba, se pronunciaron contra Gómez Pedraza, que le había sido preferido; y conmoviendo las desordenadas masas del feroz populacho, entraron en la capital por la fuerza de las armas, y la condenaron á un horroroso saqueo, en el que quedaron más de seiscientas familias reducidas á la mendicidad, sin haber respetado las casas extranjeras, que fueron las que más sufrieron los horrorosos efectos de aquel vandalismo.

Esta furiosa anarquía y la sucesiva promulgación de la violenta ley de expulsión, por la que hubieron de abandonar aquel suelo todos los españoles que lo habitaban pacíficamente, dedicados al cultivo de sus propiedades y al fomento de su comercio é industria, acabó de formar el más negro cuadro de horror y desolación.

Descando el benéfico Soberano español dar algún alivio á tan graves males, dispuso que una corta pero va-

**hiente división de 3.000 hombres saliera en el mes de Julio de 1829 de la Habana á ofrecer un centro de unión á sus amados hijos de América, que gemían bajo el yugo de los demagogos. La mala elección del punto de desembarco, que fué la desierta costa de Tampico; lo poco favorable de la estación; la escasez de víveres, y las enfermedades consiguientes á las enunciadas causas, debilitaron considerablemente dicha fuerza antes que pudiera internarse á recibir el homenaje de los afectos á la Monarquía, y antes que éstos pudiesen franquear la Sierra Madre para reunirse con sus libertadores. Se vieron por lo tanto precisados estos valientes á capitular con los republicanos, no sin haber ceñido antes sus sienes de laureles en varios encuentros que tuvieron con ellos; en los que confirmaron el arrojo, sufrimiento y firmeza, que son las características de los españoles.**

Algunos creen que pueda deducirse de este ligerísimo contraste la abierta oposición de los mexicanos á reconocer la autoridad del Gobierno legítimo. Sería éste un error tan grande como el pretender que la España hubiera sido adicta al ominoso sistema constitucional, sin más razón que la de haberse sostenido este orden de desbaratada administración por el espacio de tres años.

En una y en otra parte se halla bien demostrado que el pueblo estaba oprimido por los revolucionarios; pero como tenían á su favor la acción del Gobierno, y como había algunos cientos de despechados en estado de no poder capitular con la virtud y con el orden á causa de sus anteriores crímenes ó compromisos políticos, fué preciso que una fuerza auxiliar bastante respetable viniera á la Península á despedazar las cadenas de la tiranía liberal. Si 15 ó 20.000 hombres se hubieran presentado en las playas de México, en vez de la corta división titulada de vanguardia, su paseo por aquel inmenso territorio habría sido tan glorioso como el de las tropas francesas en España en 1823, y aun se habrían experimentado menos tropiezos.

Esta es la opinión general de los que acaban de recorrer dichos dominios cubiertos de luto y horror, de los que conocen á fondo el vacilante estado de los negocios, de los que están bien informados del cansancio de los ánimos, de la irritación de los partidos y de la nulidad é impotencia á que han quedado reducidos los facciosos.